

fico, el discurso teológico, que no constituye una excepción, parte siempre del evangelio vivo para retornar al mismo.

Además de presentarse como Teología, el libro se nos presenta como una *Teología moral*. El adjetivo apunta, sin duda al obrar del cristiano, en las motivaciones que lo apoyan, en los criterios de evaluación y de opción sobre los que se funda, en los fines que lo orientan, en los recursos existenciales de fe, donde bebe sus energías. Es cierto que toda teología, aun la dogmática, implica siempre un discurso sobre «Dios para nosotros y con nosotros». La implicación «dogmático-moral» es cada vez más evidente, tanto si se atiende a los contenidos, como a las fuentes y el método. «Toda dogmática reclama una ética», como ha escrito R. Mehl, puesto que una verdad eterna no es verdad sino a condición de que nos permita responder a las cuestiones concretísimas de nuestra existencia actual, como observa Paul Tillich. De ahí deduce obviamente nuestro autor el vínculo íntimo que debe establecerse entre la teoría y la praxis, entre la Dogmática y la Moral. Si se ha de hacer una distinción, podría formularse diciendo que la Moral se distingue de la Dogmática por sus «miras y finalidades que son prácticas, o bien por su perspectiva, que debe esclarecer y motivar la praxis» (p. 13).

El libro se presenta en fin como una *Teología Moral Fundamental*. En un sentido esto significa que se trata de dilucidar los rasgos esenciales del obrar cristiano considerado en sus finalidades específicas, sus fuentes, sus valores, sus motivaciones, las energías que habitan en el cristiano y lo configuran. Pero en otro sentido, hablar de Teología Moral Fundamental es hablar del fundamento de la moral, es decir, del principio supremo en torno al cual o a partir del cual se ordena el conjunto de los valores del comportamiento cristiano. El autor considera que para marcar los grandes ejes de una Moral Fundamental podría escogerse cuatro grupos de categorías: a) las categorías de la vida teológica: la racionalidad humana y la fe cristiana; las esperanzas humanas y la esperanza cristiana; la justicia terrestre y la caridad cristiana; b) las categorías de la vida sacramental con especial insistencia en la existencia pascual bautismal y en la reconciliación cristiana en los conflictos de la existencia (eucaristía); c) la categoría de la conciencia, especialmente la responsabilidad, la autonomía y la teonomía del juicio de conciencia; d) las categorías de una teología de la Alianza, con especial referencia a la ley moral y al alcance de la salvación y la liberación.

Desde estas perspectivas fundamentales, la obra de René Simon aborda una serie de problemas que están siendo especialmente debatidos en nuestros días en los terrenos de la Teología Moral.

El primer problema sería el de las reducciones ateas de la moral cristiana, con especial énfasis en el sistema marxista y el sistema freudiano, que llevan a la moral cristiana e interrogarse seriamente sobre sus fundamentos, así como sobre las modalidades de su funcionamiento.

El segundo problema se refiere a la pregunta sobre la naturaleza y carácter específico de la ética cristiana, es decir sobre el obrar cristiano, por una parte, y sobre la reflexión teológica que elabora su estatuto y su estructura, por otra. La respuesta a esta cuestión se sitúa en la consideración del designio unitario de Dios, Creador y Redentor en Jesucristo, subrayando la necesidad de un concepto sintético de salvación. El autor se apoya explícitamente en la concepción unitaria elaborada por K. Rahner para sacar de ella sus consecuencias éticas: que la actividad terrestre del hombre, en su misma autonomía y secularidad, constituye para el hombre

la condición misma de posibilidad del designio redentor del Padre en Jesucristo; y que el impacto de la fe sobre la moral humana cambia a ésta de signo, integrándola en la economía de la salvación (p. 84).

El tercer problema es una especie de explicitación del anterior en cuanto que intenta reflexionar sobre la categoría de ley moral, humana o racional, en relación con la ley evangélica. Es otra manera de plantear el problema de la especificidad de la ética cristiana, pasando de un conato por situar la naturaleza del obrar cristiano y de la reflexión teológica que la considera en el cuadro general creación-salvación, a una tentativa de enfocar la ley moral racional en sus relaciones con la ley evangélica (p. 142).

El cuarto problema surge como lógica preocupación en este contexto y se refiere a la posibilidad de una moral secular. El autor considera legítima la afirmación de la consistencia y de la autonomía de la conciencia moral humana y de la ética secular. Pero piensa que la acogida purificadora de la crítica atea como horizonte de la reflexión teológica no debe tapar lo que constituye lo esencial de la fe cristiana. Si no se puede separar la verdad de la fe de su verificación en la praxis, la prueba última de su verdad está en la fuerza de irradiación del amor. «Sólo el Amor es digno de fe», concluye el autor, con palabras de Urs von Balthasar (p. 192).

El quinto problema se refiere a la estructura y contenido de la moral cristiana, intentando hacer ver en primer lugar que no hay oposición entre autonomía y teonomía. La parte final de este capítulo estudia directamente la peculiaridad de la ética cristiana. A la pregunta sobre su posibilidad se responde con un no y con un sí. «El no significa que el elemento determinante de la peculiaridad del comportamiento y de la ética llamada cristiana no hay que buscarlo primordial y principalmente en el contenido material de la norma y de la ley» (p. 216). Y sin embargo, si hay una ética cristiana, situando su especificidad «en el plano de las motivaciones fundamentales y de las finalidades últimas de la acción, en el plano de las actitudes existenciales concretas del creyente, en cuanto su ser está estructurado de un modo decisivo por el encuentro con Dios revelado en Jesucristo, en el plano de las energías liberadas en él por la presencia del Espíritu, que difunde la caridad en nuestros corazones, en el plano, en fin, de su pertenencia a la comunidad histórica, la Iglesia, nacida del evento pascual» (p. 217).

El sexto problema está planteado por la metodología. Frente a un método de tipo deductivo y casuístico, el autor aboga por un método inductivo-regresivo: en el mejor de los panoramas abiertos por Bonhöffer y Bultmann, piensa que no interrogamos al evangelio sino a partir de la situación del creyente en su momento concreto. Es en el hoy de la acción donde la Revelación manifiesta su sentido y sus valores. Las últimas páginas del libro estudian brevemente la Teología Moral en un panorama de interdisciplinariedad: en relación con las ciencias humanas, la Sagrada Escritura, la historia de las costumbres, la teología dogmática (p. 242).

José-Román Flecha

A. Osuna, *Derecho Natural y Moral Cristiana* (Salamanca, San Estebán 1978) 327 p.

La obra que presentamos se coloca en la amplia serie de estudios que, en nuestros días, estudian la identidad y especificidad de la ética cristiana. El mismo autor nos confiesa que al comenzar su trabajo quería responder

al interrogante de «cómo puede seguir vigente en nuestros días la moral cristiana revelada», si se tiene en cuenta el origen de las normas de la Sagrada Escritura en el marco de una cultura determinada tan alejada de la nuestra. Ya el P. E. Hamel, en un célebre artículo aparecido en la revista *Gregorianum*, se preguntaba sobre los criterios epistemológicos que hay que utilizar a la hora de aplicar a la moral las enseñanzas reveladas en la Escritura.

Pero el autor nos confiesa su preocupación inicial ante «la justificación del recurso a la ley y al derecho natural, tan socorrido en la doctrina católica de los últimos tiempos, precisamente con el propósito de dar alicance universal a las enseñanzas éticas de la Iglesia católica» (p. 11). Por otra parte, era fácil constatar que el pensamiento protestante, preocupado también por volver a las fuentes reveladas de la moral, desconoce y hasta explícitamente rechaza la doctrina sobre la ley y el derecho natural.

De estas preocupaciones ha surgido esta obra que merece ciertamente una atención por parte de los estudiosos de la moral cristiana y que, por otra parte, replantea de forma constructiva un punto conflictivo para el intercambio ecuménico de investigaciones y actuaciones prácticas en el campo de la ética.

La primera parte del libro está dedicada al problema del Derecho Natural y su relación con la moral cristiana en los pensadores calvinistas modernos. Entre ellos se dedica un especial relieve a K. Barth, que «tomó sobre sí la carga de dar un poderoso giro al pensamiento protestante de la Ilustración y al liberalismo y acercarse a lo que él creía ser la genuina idea de los reformadores del siglo XVI» (p. 39). Fiel a sus planteamientos generales, no es extraño que Barth anteponga la justificación ofrecida por Dios a toda justificación ética basada en el derecho natural. Sería para él deplorable la actitud de una Iglesia que pretendiese fundar las consecuencias de su ética en el evangelio y *en el derecho natural*.

Junto a Barth, el autor estudia también a otros autores de la Iglesia reformada. Así vemos la postura de Emil Brunner que, aun subrayando el puesto de una justicia absoluta y condicionante de toda la justicia y legalidad de los hombres, acepta la encarnación de esa justicia en el orden de la creación que le llevará a una ética personalista altamente valorativa de la dignidad del hombre y de lo humano. Así vemos a Jacques Ellul y su fundamentación teológica del derecho y su ardiente rechazo de la posibilidad de toda ética cristiana, puesto que supondría un atentado a la voluntad divina que constituye y revela todo bien. Y así vemos a Erik Wolf, que de alguna manera, al ver el derecho humano en conformidad con las instrucciones bíblicas, nos ayuda a superar la absoluta relativización de lo humano propuesta por E. Brunner y por J. Ellul.

La segunda parte del libro que presentamos constituye un esbozo de crítica al pensamiento jurídico de los autores calvinistas citados y presenta algunas vías de solución a los defectos de su antropología. La unilateralidad de la antropología de K. Barth profundiza de forma asombrosa la importancia de lo divino, pero parece a veces desconocer que, según la misma revelación, lo humano ha sido elevado y el hombre invitado nada menos que al diálogo con su Señor. De ahí que, según F. Böckle, «para Barth no puede darse ninguna otra forma de ética teológica que no sea una ética de fe. Entre naturaleza y gracia no puede existir, según Barth, ninguna 'y' conjuntiva» (p. 135). Igualmente, nos presenta el autor las limitaciones del

iusnaturalismo de E. Brunner, construido sobre los órdenes de la creación, o nos muestra como la fenomenología jurídica de Jacques Ellul está al servicio de un pesimismo teológico sobre el valor de la justicia humana. Queda claro que «la diferencia de la escuela reformada y el pensamiento católico está fundamentalmente en el campo en que lo había situado E. Brunner, es decir, en el campo de la posibilidad de una revelación natural y en el de una filosofía previa a la teología, ya que la misma revelación es ininteligible, a nuestro modo de ver, sin un problema humano al que contesta, y sin una filosofía del hombre y una ética de la razón» (p. 155).

Pero éste es un problema reservado para la tercera parte de la obra, que intenta elucidar las características de un Derecho Natural acorde con la Moral cristiana y fundamentado en una nueva antropología.

Desde hace unos años se plantea con insistencia la pregunta sobre la especificidad de la ética cristiana, como se verá en la obra de René Simon, *Fundar la Moral*, que se presenta en esta misma revista. El autor evoca los tiempos en que los manuales de moral presentaban un orden práctico que podía ser válido para todos los hombres. «La ética cristiana llevaba el sobrenombre de cristiana como mero adorno» (p. 191). Hoy el problema se plantea, sí, desde la hermenéutica de las normas éticas de la Sagrada Escritura, pero también desde los desafíos surgidos de la praxis diaria de los cristianos, que viven codo a codo la responsabilidad ciudadana junto a los no creyentes. Tras recordar los estudios que en este campo han elaborado J. Fuchs, J. Blank, Ch. Curran, André Manaranche y otros muchos, como F. Böckle o el mismo R. Simon, el autor muestra su acuerdo en que «la originalidad de la moral cristiana ha de ponerse ante todo en un nuevo sentido de la vida ética del hombre y menos en la afanosa búsqueda de preceptos particulares desconocidos por los hombres hasta que Dios los revelase» (p. 207). La especificidad de la ética cristiana no estaría tanto en el nivel de lo categorial como en el campo de las motivaciones, de la cosmovisión, de lo trascendental. Asumiendo la tesis de B. Schüller, piensa el autor que la especificidad de la ética cristiana presupone necesariamente una eticidad humana en el hombre, sin la cual no tiene sentido la primera (p. 211).

Para muchos lectores resultará sorprendente tal vez recorrer las páginas en las que el autor muestra cómo en el Nuevo Testamento la moral cristiana asume fundamentalmente este camino de los valores y las motivaciones específicas, más que el de unas eventuales normas diferenciadas.

Pero tan importante como este recorrido bíblico, o la constatación de la importancia que la argumentación del derecho natural adquiere en el magisterio de la Iglesia, será preguntarse por la fundamentación antropológica de un derecho natural de raigambre cristiana. Esta fundamentación ha de dar sentido al deber-ser desde la constatación del ser del hombre, en su dignidad e historicidad, pero sin las añadiduras de enunciados pertenecientes a concepciones sociales y psicológicas superadas. El derecho natural está siempre amenazado por los estereotipos culturales.

La obra que presentamos será sin duda muy útil para los estudiosos de la Teología Protestante, pero también para los estudiantes de filosofía, de derecho o de moral. Su misma interdisciplinariedad es, dejando aparte los temores y modestias iniciales de su autor, una de sus mayores riquezas.

José-Román Flecha

M. Antolí Guarch, *Nuevos caminos para la Teología Moral* (Valencia, Facultad de Teología San Vicente Ferrer 1978) 352 p.

El mandato conciliar de «perfeccionar la Teología Moral» venía precedido ya por múltiples y laudables intentos que han sido reseñados en obras recientes. La mayoría de esos intentos han girado en torno al tema del principio fundamental de la moral. Tanto la renovación como el principio fundamental de la Teología Moral habían sido ya abordado por el autor de este libro en sendos artículos publicados por la *Revista Española de Teología*.

En el presente trabajo ha querido entrar de lleno en esta cuestión, puesto que «el estudio del principio fundamental tiene mucho que aportar a esa renovación y reestructuración de nuestra disciplina» (p. 10).

En una primera parte recoge el autor los diversos intentos de establecer un principio fundamental de la Teología Moral, no sin antes precisar qué es y qué pretende, en cuanto a organicidad de la materia, a unificación y especificidad, la búsqueda de algunos principios fundamentales, tomados de la revelación que sean como el esqueleto del tratado de Teología Moral.

Entre los principios propuestos, se recuerdan el del Reino de Dios, esbozado ya por J. B. Hirscher a mediados del siglo pasado; el del seguimiento de Cristo, al que F. Tillmann dedicó dos obras importantes; el de la caridad, cuyo primado en Teología Moral fue exaltado por G. Gilleman en un artículo y un libro famosos; el del cuerpo místico, elaborado de forma inspirada y profundamente religiosa por el malogrado P. E. Mersch como lógica continuación de sus estudios de teología histórica sobre *El Cuerpo místico de Cristo* y como anticipo de su otra obra póstuma *La teología del Cuerpo místico*.

Junto a estos principios fundamentales, considerados generalmente como válidos, el autor recuerda algunos otros cuya viabilidad pone en entredicho. Así, por ejemplo, el principio del enfoque de la moral sobre el ser sacramental del cristiano, que ha conseguido sólomente insinuaciones parciales por parte de los tratadistas, pero nunca una estructuración completa. Así también el carácter dialogal de la moral, que más parece ser un estilo de estudio, de hermenéutica y de praxis que un principio organizador de la Teología Moral. Sin menospreciar los autores de clara orientación personalista citados por el autor, se podría adecuadamente recordar en este apartado una célebre obra —*Moral Theology in Dialogue*— publicado por Charles Curran.

Por último, el recorrido del autor termina con la breve evocación de dos principios tradicionales en la esquematización tomista, como son el de la semejanza con Dios y el del fin último o la felicidad suprema. Quizá hubiera sido oportuno recordar en este lugar la actual distinción establecida entre la orientación eudemonista y deontológica y la orientación consecuencialista y teleológica. Aunque evidentemente no era posible recoger mucha de la bibliografía ofrecida por la revista *Theological Studies*, de marzo de 1981 (42,1), hubiera sido conveniente recordar los artículos de B. Schüller, Ch. Curran o R. Simon en el n. 120 de la revista *Concilium*.

La segunda parte de la obra que aquí se presenta ofrece la Historia de la Salvación como principio fundamental de la Teología Moral. Para ello intenta situar el tema dentro de los conceptos de «historicidad» y de «historia de salvación». Este último ha adquirido carta de ciudadanía en el campo de la teología gracias al estudio de G. Weth, G. Sohngen, O. Cullmann o J. Daniélou. Su acogida dentro de la teología católica se ha visto favorecido por la acogida de Pablo VI, por una alusión del decreto conciliar *Optatum*

*totius* y por la publicación del manual *Mysterium Salutis*. Acogida que no se ha realizado ciertamente sin la oposición de una teología más fisicista, puesto que «de hecho, en el transcurso de los siglos, historicidad y metafísica se han relacionado mal, una vez confrontadas en la palestra teológica» (p. 117). El autor encuentra una cierta oposición al planteamiento de la historia de la salvación en la *Teología de la esperanza* de J. Moltmann, pero él mismo clarifica este aparente contrasentido al reconocer que Moltmann se refiere más bien a la teología «profética» y «económica» de los siglos XVI y XVII, cultivada por el pietismo primitivo.

De todas formas, tras esbozar un claro resumen de los presupuestos indispensables en la teología de la Historia de la Salvación, el autor intenta utilizar esta perspectiva histórico-salvífica para aplicarla a la Teología Moral. Para ello establece que el mensaje evangélico se presenta como meta y cumbre del proceso de explicitación de los ideales éticos, un proceso escalonado de purificación y elevación moral, en el que es fácil discernir diversas fases o etapas en continuidad y conexión.

Esta explicación tiene, a nuestro juicio, la ventaja de justificar la elección de un principio fundamental que apoyaría la convicción de una necesaria —y fáctica— gradualidad en el proceso ético de la humanidad y de cada hombre, también el creyente. Tiene también la ventaja de presentar el ideal junto a la imprescindible condescendencia con la lentitud o parcialidad en los logros morales.

Sin embargo, a veces nos parece encontrarnos ante un argumento forzado. Del progreso ético diseñado en la Biblia hemos deducido el principio de la Historia de la Salvación y, a cambio, de este principio parecemos deducir la gradualidad del proceso ético. Por otro lado, no podemos menos de estar de acuerdo con el autor cuando nos dice que el principio de la Historia de la Salvación liberaría a la Teología Moral de la amenaza del relativismo, tan temido por todos los absolutistas, y del peligro del absolutismo que desconoce la historicidad (pp. 174-76). Y de nuevo, si se puede fruncir el ceño ante la tesis del progreso constante, aun admitiendo los retrocesos parciales, es impensable objetar a la certeza de la llamada al progreso moral de la sociedad y los individuos. El rechazo de esta llamada será siempre un riesgo, creemos sin embargo (pp. 200-1).

La tercera parte de la obra esboza la viabilidad real de esta orientación de la Teología Moral sobre el principio fundamental de la Historia de la Salvación. Los ejemplos aducidos podrían todos referirse a la Moral Socio-Económica: actitud frente a la riqueza, el trabajo, conducta con los pobres, vicios económicos. Esta parte, bien elaborada y rica de datos, podría constituir un libro por sí misma, aun sin la pretensión de demostrar el progreso ético que la Escritura presenta en estos temas. Hubiera sido desable aplicar el principio a las categorías de la Moral Fundamental o a otros aspectos de la Moral Especial, como los relativos a la vida, el amor, la sexualidad, etc.

En la cuarta parte se recogen algunas razones en favor de esta orientación de la Teología Moral fundamentada en el principio de la Historia de la Salvación. Razones que suponen una opción concreta en el uso de la Escritura en los estudios morales y que presentan la convicción, razonable aunque derivada, de que este principio íntegro y completa las aportaciones de los otros principios fundamentales evocados en la primera parte del libro.

La obra en su conjunto nos parece coherente consigo misma, bien elabo-

rada y rica de investigación. Las pequeñas objeciones quisieran, en claroscuro, subrayar lo estimable del esfuerzo que se percibe tras estas páginas.

José-Román Flecha

A. Favale (ed.), *Vocazione comune e vocazioni specifiche* (Roma, Libreria Ateneo Salesiano 1981) 533 p.

Es una honda satisfacción presentar una obra como ésta, recientemente publicada por el Pontificio Ateneo Salesiano de Roma. El volumen ha nacido, en efecto, de la necesidad de información y de esclarecimiento en un tema de tanta importancia para la vida de la Iglesia y que abarca además los campos más dispares de la Sagrada Escritura, la Teología, la Moral, la Psicología, la Pedagogía.

Y es precisamente por esta multilocación del tema de la vocación por lo que esta obra ha sido orientada como una contribución multidisciplinar en función de la renovación de la vida eclesial, profundamente ligada a la valorización de las múltiples expresiones vocacionales con las que el Espíritu fecunda a la comunidad cristiana, como hace notar Agostino Favale ya desde la introducción (p. 11).

La obra comprende tres partes. En la primera se subrayan algunos aspectos bíblicos de la vocación. Así en efecto se estudia la misma vida humana como llamada de un Dios personal, en una triple dimensión: existencial, crítica y eclesial que lleva consigo una orientación misionera y escatológica de la existencia. Se estudia la vocación de Israel como pueblo de Dios y las vocaciones individuales en el Antiguo Testamento para delinear un cierto estilo y género literario en las redacciones vocacionales de los guías del pueblo y de los profetas. Se estudia la vocación de Pablo, llamado a ser apóstol de Jesucristo por voluntad de Dios (1 Cor. 1,1) y la vocación particular de los cristianos «llamados a ser santos junto a los que en todo lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo» (1 Cor. 1,2). Y, en último lugar se estudia la vocación de María: su finalidad, sus características humanas y sus modalidades antropológicas, históricas y teológicas.

La segunda parte de la obra se centra en el análisis de los aspectos teológicos de la vocación. El conocido antropólogo Josef Gevaert traza un hermoso estudio de la vocación humana, como responsabilidad fundamental frente al otro y como interpelación para crear un mundo más humano, no sin antes recordar algunas antropologías en las cuales está ausente toda referencia a la «llamada» o a la «vocación» y en las que adquiere la primacía la necesidad de la autocontemplación, la exaltación de la libertad ilimitada, la utópica teoría de la auto-realización. En capítulos sucesivos se estudian la vocación cristiana, sus mediaciones, contenidos y desarrollo; la vocación misionera, como dimensión necesaria de la vocación cristiana y como vocación o carisma específico; la vocación al matrimonio y la misión «cuasi-ministerial» de la familia en la Iglesia; la vocación a los ministerios laicales, existentes de hecho o institucionalizados que, en la admirable variedad de los carismas, contribuyen a la renovación eclesial; la vocación al ministerio ordenado, a la vida consagrada religiosa, a la secularidad consagrada laical con sus características y compromisos específicos. Esta segunda parte se cierra con un precioso capítulo de Ugo Vanni sobre la vocación escatológica y a ser Iglesia. No en vano el autor era bien conocido por sus excelentes trabajos sobre el Apocalipsis.

La tercera parte de este libro abarca múltiples aspectos psicopedagógico-pastorales, asumidos desde la certeza inicial de que la pastoral de las vocaciones es obra de todo el pueblo de Dios (p. 410). Diversos aspectos del empeño comunitario son profundizados en los capítulos finales. Se estudia en primer lugar el esfuerzo de una pastoral renovada de las vocaciones y el sentido de tal evolución. Son interesantes aquí las notas sobre la psicología de los jóvenes y la necesidad de un nuevo discernimiento. Se estudia también la vocación en el sujeto desde los presupuestos de la caracteriología. Otro capítulo está dedicado a las ayudas psicológicas en el discernimiento de las vocaciones y de la propia vocación. Y, por último, se esboza una pedagogía de las vocaciones, subrayando la problemática de la formación de las vocaciones.

El volumen bien pudiera haber sido calificado, como una enciclopedia de la vocación. Los autores intentan ser accesibles y sintéticos en sus exposiciones. Pero la orientación es casi siempre sugestiva. Y la rica bibliografía que cierra cada capítulo amplía las perspectivas para ulteriores estudios.

El carácter y estilo de la obra la hace especialmente indicada para los agentes de pastoral y de la catequesis: sacerdotes, religiosos, educadores, así como para los jóvenes que piensan en la posibilidad de una vocación sacerdotal o religiosa.

La parte bíblica se sitúa también en esta perspectiva pastoral, aunque eso no quiera significar nada en contra de la actualidad de la exégesis que refleja o de la seriedad de sus planteamientos.

José-Román Flecha

A. Sarmiento (ed.), *Cuestiones fundamentales sobre matrimonio y familia* (Pamplona, Edic. Universidad de Navarra 1980) 968 p.

Este grueso volumen recoge las actas del II Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra que, en abril de 1980, reflexionaba sobre estos temas teniendo en cuenta la inminencia del Sínodo de los Obispos, destinado a estudiar precisamente la «misión» de la familia cristiana en el mundo contemporáneo.

El primer centro agrupa dos ponencias. La de Mons. Josef Tomko, Se los temas relacionados con la familia y con el matrimonio como realidades que si no pueden confundirse ni identificarse, «por designio de Dios, se hallan tan estrechamente vinculadas entre sí, que de hecho, son inseparables», en afirmación del prof. Augusto Sarmiento (p. 21).

Tras los discursos de apertura del simposio, el volumen se centra en tres centros de interés: 1) El matrimonio, institución y sacramento; 2) El matrimonio y la familia en la coyuntura ideológica contemporánea; 3) La misión de la familia.

El primer centro agrupa dos ponencias. La de Mons. Josef Tomko, Secretario General del Sínodo de los Obispos recoge las cuestiones que sobre la familia cristiana se planteaban ante el Sínodo de los Obispos. La de Mons. José Delicado Baeza, arzobispo de Valladolid estudia el matrimonio en el misterio de Cristo, deteniéndose especialmente en la sacramentalidad del matrimonio y las perspectivas sobre el amor y la espiritualidad conyugales.

El segundo centro de interés recoge tres ponencias. La de Anton Ziegenhaus, de la Facultad de Teología de la Universidad de Augsburgo, esboza los rasgos para una determinación teológica de la antropología matrimonial,



con amplias referencias a la simbología bíblica de cuerpo y los sexos. El prof. Viladrich, de la Univ. de Navarra disertó sobre la familia de fundación matrimonial, refiriéndose a la crisis contemporánea de la familia, a la fenomenología del amor conyugal, a la naturaleza de la alianza matrimonial y a la dimensión familiar de la comunidad conyugal. La ponencia de Jean-Marie Aubert, de la Universidad de Estrasburgo, estudió la identidad cristiana de la familia en la sociedad actual, valorando las adquisiciones del personalismo cristiano que la *Gaudium et Spes* ha aplicado a la familia.

El tercer centro de interés, centrado sobre la misión de la familia, recoge en la ponencia de Pedro Rodríguez, de la Univ. de Navarra algunas cuestiones pastorales sobre matrimonio y familia, como son la fecundidad y la indisolubilidad. La ponencia de Víctor García Hoz, de la Univ. Complutense se centra en el tema de la familia y la tarea educativa, esbozando «una pedagogía del amor».

La Conferencia de clausura, a cargo de Mons. Lucas Moreira Neves, secretario de S. Colegio Cardenalicio y de la S. Congregación de los Obispos, explica el dinamismo apostólico de la familia, tanto a nivel intrafamiliar, como a nivel social o eclesial.

En torno a estos temas centrales se reúnen más de cuarenta comunicaciones que sería imposible resumir. El amplio abanico ofrece un resumen de las más urgentes cuestiones en torno al matrimonio y la familia, asumidas con diferente óptica y resueltas también de modo diversamente valorable.

José-Román Flecha